



PRECIOS DE SUSCRIPCION: MADRID, UN MES, 6 RS.; PROVINCIAS, TRIMESTRE, 18 RS.; SEMESTRE, 34 RS.; ANUAL, 60 RS. OFICINAS DEL PERIODICO: CASO, 1, PRINCIPAL, MADRID. Se suscriben en todas las librerías y en la Administracion. Se insertan anuncios y comunicaciones.

NUESTROS GRABADOS.

MONUMENTO ELEVADO A LA MEMORIA DEL PORTA BUENS, CERCA DE DUMFRIES.

Es Dumfries una poblacion maritima de Escocia, capital del condado de su nombre, situada a 14 kilómetros de la desembocadura del rio Nith en el golfo de Solway, y a 114 kilómetros de Edimburgo.

En Dumfries murió el célebre poeta escocés Burns, cuyo monumento reproduce nuestro grabado.

Nació Roberto Burns en la parroquia de Alloway, cerca de Ayr, el 25 de Enero de 1759. Era su padre un pobre labrador dotado de una inteligencia superior a su condicion humilde, y dió a su hijo una educacion excelente. Roberto Burns se aficionó con la lectura del Spectator, de Addison, y de las Casaciones populares de Inglaterra. Además, la contemplacion de la naturaleza y el amor que le inspiró una jóven de su misma edad llamada María, decidieron de su vocacion poética.

La muerte de María fué el principio de las desgracias del poeta escocés. Quedó, sin embargo, durante el resto de su vida en el fondo de su alma una afecion decidida al bello sexo; sin embargo de lo cual el poeta sufría horribles dolores al considerar su humilde estado.

Para subir hasta el rango social a que tenía el derecho de aspirar por su gran inteligencia, Burns se dedicó al trabajo agrícola, que, como es de suponer, no proporcionó al poeta ningun beneficio.

A los diez y siete años de edad se asoció Burns con un tejedor para comerciar en escocés; pero no logró utilidad ninguna. Por entonces se unió a Juana Armour, de la que pronto tuvo un hijo. Quiso legitimar su union, mas los padres de su amada se opusieron a ello en un principio, y no le otorgaron la mano de Juana sino con la condicion de que fuera a Jamaica a probar fortuna. Burns accedió a tal exigencia, y con objeto de allegar la suma necesaria para su partida, publicó la primera edicion de sus poemas, que le produjo la cantidad de 70 libras esterlinas próximamente.

Ya se preparaba a marchar, cuando recibió una carta del poeta Blacklock, rogándole que fuera a Edimburgo a recibir las plácemes de sus colegas los poetas. En Edimburgo fué acogido con grandes distinciones por los primeros literatos de Escocia, Blair, Mackenzie, Monboddo, Gregory y Robertson. El jóven labrador publicó al poco tiempo la segunda edicion de sus poesias, que le valió 500 libras esterlinas. Con este capital, que para él era una fortuna, emprendió un viaje por Escocia, y se estableció en Ellisland con Juana Armour, que ya era su esposa. Poco tiempo le duró una posición tan desahogada, que perdió por un inquebrantable fidelidad a la familia de los Estuardos.

Para consolar sus pesares el poeta se entregó a la embriaguez. Cierta noche del mes de Enero de 1796 se quedó bebado en la calle al salir de la taberna. Pocos días después daba a luz su esposa su quinto hijo.

Los vecinos Dumfries hicieron al poeta magníficos funerales, y se abrió una subscripcion para hacer una edicion de sus obras en beneficio de su viuda.

Esta fué la existencia de aquel pobre poeta de crecido nacimiento y de elevada casta, capaz de las más sublimes concepciones artísticas.

dado en arder las señoras en paseo, y el jóven que viene detrás está fumando.

El chiquitita.—Papa, ¡qué niñas campaneadas se dan cuando se quemó una señora!

El padre.—Calla, hablador; las señoras arden en un instante: visten unas telillas tan ligeras...

La madre.—La verdad es que debíamos usar trajes de amianto con mangas de riego, y en vez de lacayos, ir seguidas de un bombero.

La abuela (suspirando).—¡Y yo, que me creía asegurada de incendios hace tantos años!

El pallo.—[Se aproxima a la niña una oleada de gente los separa, y dice, sin querer, al cido de la abuela.] Mi corazón es puro fuego.

Un vendedor.—¡A real! ¡a real libros y comedias!

Un bibliófilo.—(Ap.) ¡Habré algun incensurable!

(Se inclina hasta dar con el sombrero en el monton.)

Un periodista.—Dama V. treinta libros.

El vendedor.—¡Sin elegir!

El periodista.—Es inútil: yo necesito saber de todo.

El vendedor.—(Entregándole un monton de libros.) Granática Griega, Confesiones de San Agustín, Arte de Cocinar, Un tomo de Bufon, Guía

de 1857. Enfermedades de la piel, en todos los idiomas.

El periodista.—Magnífico. De todo eso tendré que escribir más tarde ó más temprano.

Un mozo.—¿Tiene V. la vida de Candela?

Vendedor.—Sí la tengo; pero ese es un libro bueno y cuesta un duro. Está en aquel estante.

Un mozo.—Eso me basta; ya vendré por ella... (ap.) cuando te descuides un momento...

Vendedor.—(Al bibliófilo.) Pero, caballero, ¿no compra V. nada? Se me ha leído V. dos libros de cabo a rabo.

Bibliófilo.—(Retirándose.) Tranquícesse usted: yo olvido todo lo que leo.

Un palto.—¿Tiene V. La gallina sin ojos? Sí: una comedia que es zarzuela.

Vendedor.—Diré V. la Gallina ciega...

Un palto.—Y no da lo mismo? ¡Cuanto vale!

Vendedor.—Un real.

Palto.—(Paga despues de un largo regateo.) ¿Estará entera? ¿No falta ningun personaje?

Vendedor.—Vaya V. tranquilo.

Palto.—Por su puesto que lleva la música también...

Vendedor.—Sí, hombre, sí; y el baile y las decoraciones. ¡A real! ¡libros a real!

Pollo 1.º.—¡Las viste!

Pollo 2.º.—Sí.

Idem 1.º.—Ya te lo dije: un mamá las trae todos los años a la feria. Pero... ¿estas triste?

Idem 2.º.—Amelia me ha dado calabaza.

Idem 1.º.—¿De veras?

Idem 2.º.—Junto al puesto de melones.

Idem 1.º.—Te declaras en el sitio más expuesto.

(En un coche. Monólogo.)

Qué triste, qué pobre y qué vieja está la feria. No sé cómo paseamos por aquí. Allí el hospital: por allá, los cementerios, a nuestro lado nada más que ruinas. No veo la diversion.

Y esas gentes se divierten sin embargo; y serien, como si estuvieran oyendo una zarzuela. ¡Cuanto tiempo hace que no me rio en público!

¡Fué al proclamarse una Constitución, ¡la del 37! ¡la del 48! ¡tampoco! ¡la del 68! No me acuerdo. El mismo día en que se proclamó, encontré en una prenderia mi uniforme de voluntario realista. ¡Já! ¡já! ¡Creo que me estoy riendo también, como esos pobres gentes.

Al perillar de mi lacayo se le van los ojos detrás de esos grupos de hombres y mujeres: la inmovilidad del pescante y la estrechez de la librea, le atan y sofocon: el infeliz solo tiene quince años: acaso le quedan aun cincuenta años de servicio.

En cambio la seriedad de mi cochero excede ya a la mía: es una el la librea, lo que la concha para la ostra. Pero, ¿qué me ocupa yo de esos ganapiques? Es claro, porque los tengo siempre ante mí vista. Son sus espaldas mi horizonte.

Qué buena cara tienen esas acoradas. Seguramente las habrá mejores en mis fruterías. Pero yo las comeré aquí, en el coche, y en ese mismo instante. ¡Qué atrocidad! ¡Qué se diría de un acto tan inofensivo y natural. Yo no sé por qué venimos a la feria, si no compramos nada, ni hacemos otra cosa que llenar de polvo las frutas y los objetos que se venden.

¡Já! sí: atraemos concurrencia: porque hay muchos que no teniendo carruaje se contentan con mirar los nuestros, y oír cómo relinchan nuestras yeguas...

A los pies de V., señora... ¡Cómo está la pobre! Su cara encaja bien dentro de la feria. Cuando la veo me sé por qué me acuerdo de mi uniforme de voluntario realista.

La madre.—Vuelve a contar los niños.

El padre.—Están completos. Dece.

La madre.—Y Juanita va descalza.

¡Picara! No te vuelvo a comprar calzado de charol, sino zapatos de ostra.

Juanita (berreando).—¡Já!... ¡Yo soy una niña no soy una ostra!

El padre.—Calla, ó no te farias. ¡Qué quieres que te compre!

Juanita.—Un campanario.

Un chico muy gordo.—Yo, una carreta.

Todos (alborotando).—Yo, un caballo de resorte. Yo, una casa de muñecas. Yo, un violín. Yo, una batalla. Yo, un arca de Noé...

La madre.—¡Lo ves! Tú tienes la culpa. Quieren una tienda de juguetes.

Un vendedor (a los niños).—Tengo juguetes muy bonitos.

(La tentacion produce sus efectos, y ni la madre ni el papá pueden contener a las doce criaturas; el mozo infantil se sobrepone a la autoridad legítima, y queda saqueado el puesto de juguetes.)

La madre.—No se puede tener hijos. (Entregando un dínaral.)

El vendedor.—Dios los bendiga. ¡Son todos gemelos!

(En una prenderia.)

Una mujer.—¿Tiene V. una mulata, para mi chico, que quiere ir a la escuela?

Prendero.—Sí, señora. ¡Es cojito el pobre!

Mujer.—Hombre, no.

Prendero.—Ya entiendo: será muy travieso, y quiere V. tener la mulata en casa por si se le rompe una pierna.

Mujer.—Sí, no me deja V. de hablar: quiero una mulata y una espa para hacer merica al toro.

Prendero.—Eso es otracosa. Pues, ¡qué carreta va a seguir el niño?

Mujer.—Claro está: la de torero; ya está matriculada.

Prendero.—No tengo lo que V. busca.



Monumento elevado a la memoria del poeta Burns, cerca de Dumfries.

PASEOS POR LA FERIA.

Decoracion, la de costumbre, pero cada vez más arrojada. En el centro, en un monton, se ven de mantos, frutas y cacharros de diversos terminos, horquillas de libros y de pueras a la izquierda, verdaderos espejos de juguete y histeria prohibida. — Mucha gente, y gente como a en el centro. En el fondo de la feria, una yegua de nuestros tiempos, y de lo que puede ser España en la hipococina de Silencio.

La madre.—Hija, ¡por qué vuelves tan a menudo la cabeza!

La hija.—Mamá, miro por si se quejan nuestros trajes.

La madre.—Tienes razon: que han





